

PLENA VIGENCIA DE LUIS MERINO REYES

¹²
Dos libros claves se publicaron en celebración de los ochenta años de Luis Merino Reyes: "Aurora y Final del Día", una hermosa antología de su poesía amorosa, y "Luis Merino Reyes, Aproximación al Creador y su Obra", trilogía de ensayos de la que son autores los poetas Antonio Campaña, Eugenio García Díaz y David Valjalo. En la carrera de relevos, ellos vinieron a reemplazar a sus antiguos amigos del Sindicato de Escritores y del Instituto Chileno-Arabe de Cultura, Luis Durand, Benedicto Chuaqui, Moisés Mussa, Andrés Sabella Gálvez.

El acontecimiento eleva a primer plano la figura de un escritor multifacético, de vasta trayectoria, que ha cultivado todos los géneros literarios a través de más de cuarenta años de ininterrumpida producción artística. Lo que hace imprescindible referirse, aun cuando sea en forma somera, a cada uno de estos géneros y a las características esenciales que ellos adquirieron en nuestro autor.

El signo mayor en la proyección de la obra de Merino Reyes es, sin duda, la poesía. A su análisis, a su gestación emocional, a la teoría comparada con las grandes expresiones de la experiencia poética universal, dedica Antonio Campaña su enjundioso ensayo "Luis Merino Reyes, una Poesía de la Realidad". Para situar el centro de su problemática, cita una definición elocuente del poeta inglés William Wordsworth: "¿Qué se entiende por poeta? ¿Qué es un poeta? Es un hombre que habla a los hombres; un hombre sí, dotado de la más viva sensibilidad, entusiasmo y ternura, que posee un mayor conocimiento de la naturaleza humana y un alma más comprensiva de lo que es común entre los hombres... A estas cualidades añade una predisposición a emocionarse más que otros hombres por cosas ausentes como si estuvieran presentes; una habilidad para evocar en sí mismo pasiones que están muy lejos de ser iguales a las producidas por acontecimientos reales. Por ello y en la práctica, ha adquirido una mayor preparación y poder para expresar lo que piensa y siente".

Desde este punto inicial, emprende Campaña un viaje ultrasensible hacia el interior de la poesía de Merino Reyes, cuyo máximo fuego es "el sentido mágico, vehemente, por momentos arduo e intolerable, con que sigue el perturbador sentimiento del amor". No se trata de un amor contemplativo, estático, ni siquiera romántico; tampoco es la expresión de un eros epidérmico y tangen-

cial, sino que es la presencia de un sentimiento totalizador, dinámico, cambiante, en estado de interrogación latente, en permanente trance de gozo angustiado, de reconstrucción o deterioro. De allí la universalidad de la experiencia amorosa, la movilidad de una vivencia que trasciende lo doméstico y personal para multiplicarse en infinitas vivencias, transformadas conforme a la capacidad emotiva del lector.

Hay un secreto temblor en esta confesión lírica del sentimiento amoroso, en esta especie de radiografía finisecular de la más misteriosa y universal de las pasiones humanas. Todo transcurre aquí en una atmósfera de sombras luminosas; se pasa sin transición de la alegría al dolor, del goce a la nostalgia, de la seguridad al desconcierto, de la plenitud a la tristeza, para venir a recalar en un puerto donde impera la serenidad todavía convulsa, como un fuego que no termina de apagarse y que deja el atardecer lleno de resplandores: "¿Sabes cuánto estaremos en este raro juego, / más solo y sin resuello que una larga sequía, / sin esquina de luz, sin sonreír, sin duelo?".

Detrás de esta perpetua llama, de esta apasionada búsqueda de sí mismo, de esta insatisfacción anhelante, se mueven las sombras fantasmales de los amores furtivos, aquéllos que vuelven de noche a la memoria, cuando todos se han ido y sólo queda el vano de las cosas perdidas. Y aún otras formas del amor, como es la evocación de la tía-nodrizza del poeta en el hermoso "Soneto a Josefina".

En lo formal y para lograr una completa identidad entre sentimiento y expresión artística, Merino Reyes recurre a una rigurosa utilización del lenguaje estético, en contraposición al lenguaje coloquial o tribal, de funesta moda en nuestros días. Busca la sublimación de la palabra a través de lo diáfano y sencillo, alejándose de toda forma de degradación del lenguaje, o de expresiones arcaicas o manidas. No se deja seducir por los malabares del vanguardismo, cuya pirotecnia suele acusar ausencia de mundos interiores; ni

tampoco por un hermetismo metafísico de comunicación imposible, sino que se mantiene fiel a las estructuras clásicas renovadas, aquéllas que le permitan un mayor grado de autenticidad en la expresión del sentimiento poético. De todo ello resulta un estilo castigado, de buen gusto, de íntima elegancia comunicativa.

Antonio Campaña destaca que "el sentimiento amoroso, el que junto a los goces le provoca, al mismo tiempo, punzantes formas de rebeldía, de angustia", es la tónica esencial en los once libros de poesía de Merino Reyes, a partir de "Islas de Música", de 1936. Esta idea básica encuentra su complemento en la acertada selección antológica de David Valjalo, hecha con sensibilidad de poeta, que es otra instancia del análisis literario. No obstante, conviene tener presente otras líneas temáticas del autor, como son su preocupación por la historia y las conductas políticas, y sus dones de adhesión a las relaciones de amistad. El primer aspecto está presente en su "Romance de Balmaceda", de 1945, y en su libro inédito "Héroes Civiles de Chile", dado a conocer en lectura pública en la Sociedad de Escritores. El segundo, de variada connotación tanto en la poesía como en la prosa, podría quedar representado en su emotivo "Responso", de "Aspera Brisa", Premio Municipal de Poesía de 1952.

¿Cómo olvidar a su amigo

Víctor Olmos, "voz de minero y corazón de plata", con su "pistola" y su "amatista grande", con quien "salíamos a escanciar la chicha/ junto al buen tono de las niñas flacas"... "mientras sonaba con mil grillos locos/ desde la radio el fútbol de la tarde?" ¿Cómo olvidar a ese hombre grande y bonachón que se perdió una tarde para siempre "entre masones y benignos frailes?".

Merino Reyes es un autor rico en matices y estructuras literarias, por lo cual resulta arriesgado establecer una relación de continuidad entre la poesía y la prosa, sobre todo cuando el creador tiene una conciencia clara de la diferenciación genérica, como nos lo advierte de partida: "La poesía es por encima de todo, emoción. Cuando la emoción se agota la poblamos de palabras, y al poblarla de palabras, hacemos retórica y nos oímos". Aseveración indiscutible.

Ahora bien, si fuese necesario graficar la diferencia entre poesía y prosa en la forma más simple posible, diríamos que la poesía se escribe desde dentro hacia afuera, en cambio la narrativa se vive desde fuera hacia dentro. En otras palabras, la poesía es, en esencia, sentimiento, intimidad y misterio del ser; es el estado inaugural, primigenio, del asombro creador. La narrativa es observación vivificante, reflexión recreadora acerca del acontecer exterior enriquecido por el subconsciente individual o colectivo. Lo que no pasa de ser una simplificación audaz, ya que el mundo exterior, a pesar de su corporeidad física, sólo es el reflejo de los mundos internos. Por ello, ambas experiencias se tocan en algún punto infinitesimal de la sensibilidad, ya que como decía Federico Nietzsche, "el hombre es una flecha del deseo, una cuerda tendida sobre un abismo".

Once libros conforman



"Chocolate". Oleo sobre tela, 150x200 cm.

la obra narrativa de Luis Merino Reyes: siete volúmenes de cuentos, desde "Los Egoístas" (1941) hasta "El Alba y su Duelo" (1971), destacando "Murcila y otros Cuentos" Premio Municipal de 1953, y cuatro novelas "Regazo Amargo", (Premio Zig-Zag, 1955), "Ultima Llama" (Premio Atenea, 1959), "La Vida Adulta" (1962) y "Los Feroces Burgueses" (1964). En todos ellos exhibe dos características notables que le dan un perfil personalísimo y acaso único en nuestra literatura de ficción: el contenido social soterrado, del todo ajeno a la intención épica; y una extraña virtud de penetración psicológica en el ámbito vivencial de sus personajes.

El contenido social está representado en el estudio inteligente de la sociedad, especialmente de la clase media, con sus apetencias intelectuales y sus limitaciones económicas, las que a menudo generan frustraciones que van a desembocar en el antihéroe, en el hombre común de vida azarosa y destino incierto. Esta capacidad de observación en un medio poco frecuente de nuestra narrativa, lo convierte en un escritor de signo distinto dentro de su generación, la del 38, singularmente preocupada de cargar el acento en los héroes proletarios, reales o presuntos. Puede que sus antihéroes aparezcan como seres deslavados, indecisos, ambiguos, pero son personajes reales que tienen existencia propia y conflictos diferentes, con la cual se amplía la literatura como reflejo experimental de la vida.

De allí nace otra de sus singularidades: el poder de aprehensión psicológica en la conducta del ser cotidiano, aquél que vive desconectado de los grandes mitos pero que arrastra un cúmulo de dudas, inquietudes y desvelos. Puestos en la balanza, le interesa más el hombre interior, sus dilemas y ansiedades, sus contradicciones, sus estados de angustia y esperanzas, que el entorno en que éste se mueve. La naturaleza, el paisaje, el detalle, el mobiliario, ocupan en Merino Reyes un lugar secundario. Los ambientes y escenarios son apenas esbozados para dar paso a la acción, a la disquisición, al monólogo interior, al pensamiento apenas perceptible. Ahí está su fuerza, su originalidad, su auténtica adhesión al ser humano. Las relaciones de sociedad, en particular las amorosas, son su especialidad y su deleite. También, su dolor y su nostalgia.

Como es poeta cabal y la poesía es la llave maestra de las creaciones literarias, aplica sus vivencias, muy ricas y variadas, al estudio de sus personajes. Se produce, así, una especie de desdoblamiento

de su yo lírico en la esencia de las ficciones narrativas, de donde surge su autenticidad, su verosimilitud, la impresión de estar en presencia de seres vivos que se interrogan a sí mismos, que develizan sus dudas, sus anhelos, sus ausencias, sus delirios, la suma interminable de sus conflictos íntimos.

Hay muchas vidas dentro de la vida de Luis Merino Reyes. A esta multiplicidad existencial colabora la experiencia de los viajes, el trato con personas de diversas culturas en variadas latitudes, la convivencia con escritores de personalidades antagónicas, el ejercicio de actividades muy disímiles, la fijación emotiva de su infancia, su pasaje por el ámbito castrense, sus avatares de vendedor transhumante, el fatigoso sinsabor de las antecelas periodísticas, el mundo vivo del espectáculo teatral. Todo un acervo referencial que pone en movimiento sus esquemas narrativos, que les da humanidad y transparencia, aun cuando, en ocasiones, los motivos puedan parecer triviales.

Esta facultad de desdoblamiento le permite, a la vez, ser él y los otros, entrar y salir de sí mismo como en un juego de duendes serios. Le permite ser Salvador Sozaya en "La Red", Augusto Ullibarría en "La Señorita", Javier en "Ultima Llama", o Francisco Briones, el protagonista de "Regazo Amargo". Personajes bien contruidos, psicológicamente diferenciados, y que sin embargo conservan cierto sello de vivencia personal, como si fuesen elaborados desde el sueño. Otro tanto ocurre con los personajes femeninos, fuertes, novedosos, severos, que saben lo que quieren y están configurados con esmero, con un dejo de oculta simpatía.

Las formas, en Merino Reyes, son estrictamente funcionales a los contenidos. El lenguaje es correcto y preciso. Sin otra ornamentación que la exigida por el diálogo o el monólogo interior. Es notoria cierta contención formal, como si temiera dejarse llevar por las palabras o el brillo de las imágenes. Este autocontrol idiomático le comunica a su prosa una nota de ascetismo, de sobria sequedad que nos parece saludable.

La concisión se acentúa en sus cuatro ensayos: fichas bibliográficas para la sección chilena del "Diccionario de la Literatura Latinoamericana" (Washington 1958), "Panorama de la Literatura Chilena" (Washington 1959), "Perfil Humano de la Literatura Chilena" (Santiago 1967) y "Escritores Chilenos Laureados con el Premio Nacional de Literatura" (Santiago 1979 y 1990). Excluimos de este recuento a "Rumbo a Oceanía",

crónicas sobre la Isla de Pascua publicadas en 1955, en las que utiliza un ritmo periodístico cercano al reportaje, tamizado por la visión y la emoción poéticas.

En "Panorama de la Literatura Chilena" se nos presenta como el historiador literario que conoce a cabalidad el proceso de nuestra letras, el investigador acucioso que ha leído con detención y sabe extraer la médula conceptual que caracteriza a cada época. Es admirable su poder de síntesis en un miraje totalizador que abarca la literatura nacional en cinco capítulos esclarecedores: "De la Conquista a la Colonia", "Catolicismo Activo". "Autores de la Colonia", "El Siglo XIX, Héroes y Literatos" y "Semblanzas del Siglo XX". En este último, logra sus mejores momentos al ensamblar su posición crítica y su visión de futuro con la azarosa vida de los escritores, cuyo conocimiento le facilita un alto grado de humanidad.

"Perfil Humano de la Literatura Chilena" es una selección de artículos periodísticos rescatados de **Las Ultimas Noticias**, **El Mercurio**, y las revistas **Occidente**, **Atenea** y **Cuadernos Americanos**, en un trabajo continuo cercano al medio siglo. Allí escribe de todo y de todos: de autores, libros, amistades, recuerdos, paradojas, ciudades, anécdotas, en un clima de extraordinaria lucidez y en un tono coloquial, aménisimo, del que no están exentas las agudas notas críticas y las opiniones personales sobre esto y aquello.

El teatro, que no tiene en el escritor autoría directa, está presen-

te en su larga jornada como crítico de espectáculos, practicaba durante años en **Las Ultimas Noticias** y la revista **Occidente** en artículos breves, intensos, que demuestran conocimiento del género y una cultura cimentada en la vigilia de lecturas exigentes.

En cuanto al periodismo, creemos que sería útil un nuevo rescate de sus crónicas dispersas. Ello, junto a una posible reedición de "Panorama de la Literatura Chilena", serviría para tender un puente de comunicación entre su generación y las actuales, por lo general desprovistas de raíces y guiadas sólo por la inmediatez de una realidad ficticia y deshumanizada.

Su preocupación por los problemas gremiales y las mejoras propias de la profesión, es otra de las facetas que completan la personalidad de Luis Merino Reyes. Ella quedó de manifiesto en su presidencia del Sindicato y de la Sociedad de Escritores, en su cargo directivo del Instituto Chileno-Arabe de Cultura y en su participación activa en algunos de los institutos binacionales de extensión cultural. En dichas entidades, demostró un dominio real de las urgentes necesidades que aún subsisten y cuyos dones de cordial camaradería contribuyó a dignificar. Lo decimos con énfasis como una obligación de gratitud, porque pensamos que los actos de celebración de sus ochenta años de edad no tuvieron la relevancia nacional que merecían.

